

PRESENTACIÓN

PENSAR EL MISTERIO

El misterio es el silencio que precede a la escucha.

Es lo primero, lo inicial, lo originario.

El misterio es fuente que se despliega como alejándose de sí misma, como escondiéndose entre los ecos de su propio alejarse.

Nosotros, los mortales, venimos después.

¿Cómo abarcar con nuestras pequeñas manos, con nuestra visión limitada, con nuestros esquemas racionales, algo que por su propio ser desborda todo esto? Y peor aún: ¿cómo contentar esta sed abierta con lo que nuestras pequeñas manos consiguen aferrar entre sus dedos?

La filosofía siempre fue en gran manera un deseo por aferrar el misterio —¡maravillosa imagen del poseer!—; siempre fue, de diversos modos, una suerte de conquista. Porque el misterio, en definitiva, es algo que *asusta* por lo impredecible, por lo inmanejable, por lo abismal. ¿No da siempre el contacto con el misterio una especie de vértigo? Buscamos, asimos, explicamos, dibujamos un esquema, escribimos un libro: paz al fin; racionalismo; yo.

Pero el misterio no sólo *asusta*, no. Lo más maravilloso del misterio es su capacidad de asombrarnos, de atraparnos: su *magia*. El misterio como tal nos mueve, nos llama, nos sacude y nos convoca. Es el desbordarse de sí, y este desbordarse parece lo que nuestro Anhelado andaba buscando, lo que nuestro desierto pedía llovera.

Lo que desborda se encuentra en lo que desborda; lo que cierra mata lo que desborda. Lo finito encierra a lo infinito en su propio límite, y entonces ya no es infinito. Definir, distinguir, conceptualizar: trazar líneas finitas sobre un trasfondo desbordante.

Valgan los límites para acercar lo misterioso a sí, para hacerlo maleable, para trabajar. Que sean como una ventana, sobre la cual nuestra mirada pueda trascender, sobre la cual podamos salir de nosotros mismos hacia lo que está más allá de la insuperable finitud de nuestro yo. Por eso el

misterio es, en términos lévinasianos, encuentro con un Otro. El misterio es *trascendencia*. Las ideas y el pensamiento, en general, no suelen salir del Mismo, del yo. Como proyecciones de nuestros propios modos, de nuestras propias categorías, de nuestros propios complejos, creemos conocer un mundo que no es, en definitiva, más que un mundo humano. ¿Qué más íbamos a asir, más que lo que tenía el tamaño de nuestras pequeñas manos?

¿Cómo salir de la inmanencia del pensamiento?

¿Acaso pensar el misterio es matarlo?

Quizá, como dijo Kant, pensar sea siempre desplegarlos a nosotros mismos, sea siempre un juego inmanente. Quizá, como dijo Feuerbach, nuestro dios no sea más que una proyección de lo humano. Pensar el misterio puede ser quizá el gran riesgo de traer la trascendencia a la inmanencia; lo cual, dada la imposibilidad del asunto, no es más que eliminar la trascendencia por completo.

Nuestro Dios, el Dios que desborda lo humano, el Dios que es Misterio y que supera toda comprensión, había muerto mucho antes de que Nietzsche reafirmara su certificado de defunción. ¿No lo habíamos matado nosotros, buscando su nombre dentro del lenguaje humano? Lo cierto es que muerto el acceso al misterio, muerta la trascendencia, muere lo humano. El hombre, que es siempre tensión desde sí y fuera de sí, que es siempre apertura, que es siempre y cada vez más hombre, se apaga en la inmanencia, como una vela se apaga entre las manos, o como un hombre puede morir si se cierra al amor. Y cerrados los límites de Dios, elaborados sus conceptos, descritas sus propiedades, sus potencias, sus acciones, se construyó una estructura de la cual el Misterio, espíritu desbordante, desbordantemente se escapa. Aquel primer sueño de los metafísicos, de los antiguos teólogos, de acercarse con la razón a lo divino, al fundamento sobre el cual basamos nuestra vida y nuestras esperanzas, quizá por una impredecible ingenuidad pronto degeneró en el movimiento contrario: ya no era acercar la razón a lo divino, sino hacer un dios a medida de la propia razón.

¿Cómo rescatar entonces aquel misterio?

Para salvar al hombre de la pobreza de su inmanencia, para sacarlo de los límites de su propio yo, es necesario abrirlo. Kant imaginó, en su proyecto crítico, una isla de seguridad en la que el hombre podía vivir tranquilo. A su alrededor se sacudía un mar salvaje, indómito; no había sentido alguno en aventurarse a él. Lo cierto es que la isla existe: ¿cuántos de

nosotros nos refugiamos en ella por miedo? ¿Cuánto de nuestra cultura –la filosofía, la ciencia, la moral– se ha construido sobre esta isla?

Pero el misterio aún brama afuera, y no hay mucho más para hacer en esta isla solitaria, que poco a poco se va poniendo vieja. La endogamia de nuestros pensamientos ya no es más que una seguridad estéril.

Poco a poco, en la filosofía, se van alzando voces que claman por salir de la isla, que revelan su falsedad, su finitud. Para Nietzsche, el dios de la metafísica ha muerto y es necesario romper con él para que se abra un misterio nuevo. Para Bergson, la esterilidad de la razón se encuentra con una intuición renovada, trascendente, capaz de entrar en contacto con la novedad de lo desconocido. Heidegger propondrá callar en la serenidad para dejar hablar al Ser, y Marion denunciará la idolatría de quienes construyeron dioses a su medida, para pensar entonces un Dios que trasciende en Amor. Los ejemplos pueden seguir y seguir, y, si bien se encuentran casos a lo largo de toda la historia, algo en nuestra época sugiere que un pensar abierto se va consolidando como alternativa al racionalismo cerrado que marcó el destino de Occidente. Porque el misterio, que se desborda a sí mismo y nos excede por completo, sólo puede habitar en lo abierto.

Pensar el misterio, entonces, ya no será querer traerlo a nuestros propios modos, cercarlo en nuestras propias estructuras, nombrarlo con nuestro propio lenguaje. Será, por el contrario, des-pensarnos, des-estructurarnos, abrírnos como la lanza abrió aquel pecho en la Cruz, para que el misterio brote como un manantial que nos habita y que vive desde lo profundo nuestra misma vida.

Pensar el misterio será buscar los medios de relacionarnos con su trascendencia desde lo que esa misma trascendencia implica. ¿Será el arte, que resguarda en la presencia la ausencia, por ejemplo, un medio de salvaguardar la profundidad del misterio? ¿Será acaso un pensamiento intuitivo, capaz de ponernos en contacto con algo radicalmente nuevo, lo que nos salve de caer en la inmanencia? ¿Será la Fe?

En este número de la Revista Tábano que hoy hacemos llegar a tus manos, queremos buscar esos medios. Queremos pensar el misterio en sus sutilezas, en sus pliegues, en sus huellas. Queremos darle voz a los filósofos que se atreven a buscar otros medios más abiertos, más profundos, y al mismo tiempo más vitales, de pensar las grandes cuestiones de la filosofía. Ellos se atreven a recorrer, al menos, el borde de aquella isla, donde lo

conocido se encuentra con lo desconocido, donde la verdad está en la tensión sutil del misterio.

Paolo Terenzi, de la Universidad de Bologna, colabora con un artículo, enviado en italiano y traducido por Cecilia Giudice, que explora, de la mano de Hannah Arendt, la compleja frontera de las relaciones humanas, entre la igualdad y la diversidad. A la vez, contamos con cuatro colaboraciones de reconocidas investigadoras de sus respectivas áreas, que gentilmente han enviado sus escritos desde diversos puntos del país: Ariela Battán, de la Universidad Nacional de Córdoba, llevará el pensamiento fenomenológico de Merleau-Ponty al mundo de las ciencias a través de la relación entre objetividad y subjetividad. Olivia Cattedra, de la Universidad FASTA de Mar del Plata, nos introducirá con claridad a los misterios del pensamiento y la tradición de la India. Graciela Ralón, de la Universidad Nacional de San Martín, nos mostrará las sutilezas de la historia y de la vida, que se mueven en el difícil límite entre la necesidad y la contingencia, con la ayuda de una novela de Milan Kundera. Y Silvana Filippi, de la Universidad Nacional de Rosario, cierra la revista con una reflexión histórica sobre la relación siempre influyente entre las ciencias, la filosofía, la teología y la religión. También contamos, como es tradición en nuestra Revista, con dos significativos aportes de alumnos de nuestra Universidad Católica Argentina: Federico Caivano se aventura a pensar los horizontes del conocimiento, en ese espacio abierto todavía demasiado inexplorado que existe entre el escepticismo y la pretensión de una verdad unívoca. Gonzalo Recio, por su parte, traerá algo de novedad al mundo de las matemáticas a través de la noción de incompletud de Gödel, y explorará las implicancias de la misma en un ámbito tan central al hombre como es el de la experiencia de Dios.

Esperamos que esta Revista refleje el amor que ponemos en ella – amor que es siempre trascendencia–, y agradecemos al Departamento de Alumnos y a la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad por haberla hecho posible.

Guillermo N. Barber Soler

Presidente CEF 2012